

EXALTACIÓN A NUESTRA SRA. DE LA ENCARNACIÓN



A cargo de nuestro hermano

José M^a Jaramillo Salas

interpretaciones musicales por la

Agrupación Musical Ntra. Sra. de la Encarnación

Viernes 18 de marzo de 1994 21:00 horas Parroquia de San Benito Abad



EXALTACIÓN

A

NTRA. SRA. DE LA ENCARNACION

JOSÉ M^a JARAMILLO SALAS

18 de marzo de 1994



Madre mía de la Encarnación,
perdona a este pregonero que cuando
te hable y te cante,
no te pueda mirar,
porque si lo hiciera,
empezaría a llorar.

Gracias madre, por dejar. Que mi corazón se acerque más a tu lado, por
brindarme la oportunidad de alabar y engrandecer, tú nombre entre mis
hermanos. Gracias madre, por acoger en tú regazo, mi alma de hombre, por
interceder en mis errores y oír mis oraciones,
¡qué grande es madre,
sentirse hijo tuyo!

Con tú venia Manolo Ponce,
Tú que estas en la gloria y en su infinito,
enseñando a los ángeles a ser nazarenos,
de tú Hermandad de San Benito.

Reverendísimo Director Espiritual, Señor Hermano Mayor y miembros de
la Junta de Gobierno, hermanos y hermanas en Cristo, sevillanos todos...
Aquel hombre ciego que un martes santo escuchaba el crujir de las
trabajaderas, acompañado de los sonos, de Encarnación de la "calza". El
hombre ciego, respiraba el incienso mezclado con azahares de la Semana
Santa de Sevilla y con la voz del capataz que dice;
¡al cielo con ella!,

sentía como un lindo ángel le susurraba al oído con tono celestial;
- es mi virgen de la Encarnación.

El ciego emocionado, sonaba con la que encarno en su ser el fruto de santa
mujer, y con cantos divinos le decía a gritos;
Te puedo ver Encarnación de la "calza",
eres fragante como el rocío de la mañana,
tienes la pureza de una flor,
eres dolor,
que bajo palio se hizo oración
Tú, Virgen pura de la Encarnación.



Ya queda dicho, que hasta en la hora de los amores más profundos los ciegos ven y sienten el amor de Nuestra Señora de la Encarnación, y no sería cristiano, si con otra cosa que no fuera la amistad y el cariño, agradeciera las palabras que ha demostrado hacia mi persona, José Candela, todo sería un hueco sonido sin armonía y carente de sensibilidad, si tampoco en mis primeras palabras, no mostrara mi satisfacción y orgullo cofrade, que sobre mí, depositó el señor Hermano Mayor, y con él, toda la Junta de Gobierno, cuando decidieron mi nombramiento.

Quisiera, que mi canto sonara esta noche, como una letanía de esperanza, humildad y bienaventuranza, por eso, le pido al Reverendo Padre D. José Salgado, que me ayude en este difícil menester, evocando una oración de gracia, perdonando con su humildad, los errores que este siervo del Señor pudiera cometer.

Deciros también, a los que estáis aquí hoy convocados, en este magno cabildo de salida, que son ustedes los que hacéis con vuestra presencia, el rito tan íntimo de nuestro pregón, y por tanto, ya que hacéis la grandeza de este alto, os doy las gracias, por vuestra asistencia.

Mi más profundo amor, a Dolores, mi esposa, compañera inseparable de mi ilusión y mis esperanzas, a ti, que compartiste conmigo la fe, la sangre y el ser cofrade, acepta este pregón, como mi mejor testimonio de gratitud por todos tus desvelos y por todo el cariño que me has demostrado, durante toda la vida.

A mis tres hijos, José M^a, David y Juan Javier, por el apoyo moral que demostrasteis en todo momento, y porque se de sobra, que seguiréis sembrando la doctrina cristiana, que yo, os he enseñado.

Quisiera hablar de mi Hermandad durante toda mi intervención, pero el tiempo abrevia y es corto.

Pero sin distinción alguna, tengo que mencionar a todos los miembros de la Junta de Gobierno, porque se, la fructífera labor, que ellos han realizado durante todo este mandato, el que está llegando a su fin.

También, quisiera referirme a nuestro Hermano Mayor, al que debemos el más esmerado respeto, Luis, permite que te tutee para decirte, que aunque dejes el puesto que has ocupado y que tantas satisfacciones te ha dado, te recordaremos siempre, porque ha alcanzado que nuestro paso de misterio participe en el Santo Entierro grande, también hiciste posible que estuviera



presente en los esplendores de Sevilla. Bajo tu mandato, nuestro Santísimo Cristo de la Sangre presidio el Vía-Crucis de todas las hermandades, en la Santa Iglesia Catedral. Se, y sabemos todos, que has estado con tu Hermandad, en los momentos más difíciles que ésta atravesó, ¿qué te queda ya por hacer? Yo sé muy bien de tus sueños y de tus entusiasmos, se que quieres ver coronada a Nuestra Virgen, por eso, tú amigo, hecho hoy pregonero, quiere decirte; "quédate con nosotros, ocupando el cargo que estas llevando tan dignamente, porque mientras haya hombres como tú, siempre existirá la verdadera Hermandad".

De todos es sabido, la labor que realiza la juventud dentro del seno de la hermandad, sin duda alguna, son templo presente y futuro de la Santa Madre Iglesia.

Es cierto, queridos hermanos en Cristo, que la bendita vocación de estos jóvenes cofrades, es la entrega, dedicación y amor a sus sagrados titulares. Tras la sombra del anonimato, ellos, atienden las difíciles labores de secretaria, mayordomía o priostría, lo hacen, sin buscar mención alguna en los cabildos de salida.

Entrega por completo a la hora de organizar multitud de actos benéficos, siempre, en pro del necesitado, asimilando de lleno las palabras de Cristo.

Dedicación cuando se trata de cuidar esmeradamente los enseres procesionales, ante la atenta y sabia mirada del prioste, dedicación también, a la hora de los diarios ensayos, formando parte de cualquier agrupación musical, amor entregado a la Junta de Gobierno.

Vocación a la cual desde este atril, animo a seguir sembrando su semilla de fe, porque vosotros sois, palabras vivas de Dios, porque con vuestro ejemplo, estáis predicando incansablemente la doctrina cristiana.

¡Bendito seas!,

Joven cofrade de San Benito.

La ciudad de la eterna idiosincrasia popular, se hace todo sentimiento cristiano, se envuelve en la profundidad de la mística Sevilla nazarena y artística, la que es pagana, creyente y religiosa, afluencia de todas las creencias posibles de la vida cotidiana.

Esta tierra transformada, ensimismada y toda engalanada, vivirá durante su Semana Mayor, la más sensata locura de amor, acorde esta, con el sueño y



lo divino, con la saeta y la oración, pero siempre respetuosa con el sentido de su pasión.

La saeta se llena con sones de azahar, que anuncian entre redobles de tambores, como nace la primavera embriagada con el aroma de las flores. Y como advocación principal de todo este milagro primaveral, esta la doctrina cofrade que el hombre de Sevilla, heredó, ritualmente de sus antepasados.

Sublime protagonista, que conjuga las palabras del evangelio santo y divino, rozando el límite de la perfección, hasta asumir, la grata responsabilidad de llamarse hermano en Cristo, con toda la suprema realeza de estas palabras.

Sevilla mía, eterna siempre en el postigo trovador, escoltado por el coso maestrante, ¡ciudad risueña y galante!

Torre del Oro, capricho de un rey moro, que la hizo sin campanas "pa" no despertar cuando duerme Triana, y como estandarte y colofón de la sin par hermosura, Sevilla prende hilos de seda, que hilvanan en la primavera, una mágica alegoría, despuntando en el cielo con la Giralda y su alta gallardía,

¡qué hermoso repique de color cuando nace la "amanecía"!

Impregnada de aurora,
es la Giralda de Sevilla,
dueña y señora.

La que está por encima del sueño humano
clavando en el firmamento
su perfil sevillano.

Una vez que el cofrade sevillano se encuentre con sus pecados, los encuadrará bajo un hermoso palio, que le da el cielo de nuestra ciudad, el aroma de primavera, hará que la Giralda se sienta costalera, y duende que a mí me enamora, que dicen que vive en sus torres moras.

Por eso para comenzar mi canto hacia Sevilla y sus hermandades, déjame que te diga algo Sevilla.

Eres esmero de Dios, Él, con su divino pincel pinto las más hermosas maravillas, le preguntó a los ángeles y te llamo Sevilla, por eso;

No te falta de nada,
los seises te bordan una mantilla,



que te quiero Sevilla.

Tienes tu giralda y tus campanas,
y al otro lado del río te guarda Triana,
giraldillo torero,
coso del baratillo,
y una feria de bonitos farolillos.

Duende moro que sonando hizo la
Torre del Oro,
echo sus lágrimas al río y te lleno de señorío,
Sevilla eres inspiración del poeta,
sultana coqueta,
y del cielo veleta.

Eres brisa marinera cuando nace la primavera,
eres de Dios bendita costalera,
tienes a tu Cristo del Cachorro agonizante,
y gran poder doliente.

Eres capricho del Niño Dios,
que en tus brazos se meció,
y en la "Calza" se durmió.

Sevilla se hizo ciudad mariana por devoción, y nombró a María su reina y única bendición, por eso esta noble tierra, vibra llena de júbilo, con su sentimiento inmaculista, siempre guiado por azules guiones concepcionistas, que dan perpetuo testimonio de la pura y Virgen María, a la que en Sevilla, se le hace requiebro adormecido, que primorosamente tiene justas las medidas, para que la hermosura sea comprendida. Sevilla es toda bambalina de amor, que encuadra a la Virgen bajo palio de dolor;

Amargura, Rocío, Encarnación,
Refugio, Soledad, Patrocinio,
Macarena o Esperanza de Triana,

¡Todas son dichosas en la Sevilla mariana!

Hágase en mi tu palabra, Dios mi Señor, las generaciones futuras le llamen bienaventurada.



Con estas palabras, plenamente en el estado de su perpetua gracia, la madre que es origen y fundamento de toda maternidad divina, recibió la anunciación de San Gabriel, y encarnó en su ser, el fruto de Santa Mujer.

Esta ciudad defendió su purísimo dogma, juró defenderlo con su voto de sangre, y así lo hace toda las primaveras, recibéndola bajo el palio de su cielo, como el hijo que vibra con el desmedido júbilo de la hermosura de su madre, al exclamar con el eco de su garganta, que cae rendido a sus plantas,

"Dichosa seas María,
tú que has creído".

Porque está tu tierra, así lo afirma,
fuiste concebida sin mancha original,
y sin perder tu pureza virginal,
como la mejor de las flores,
nos diste tus amores.

Con tu bondad serena,
la que nace de tu pena.
Tú fuiste madre creadora de la luz,
que entregaste de tus entrañas a Jesús,
y al que lloraste al pie de la Cruz.

Aquí en Sevilla se compuso una sinfonía inagotable, que se proclamó con su andar costalero a ras de tierra y sus "levantá" hasta las mismas entrañas del cielo.

Altos todos los privilegios que Dios concedió a Nuestra Madre; el don sin precio de sus virtudes, su infinito y misericordioso amor, su entrega sin límite al servicio de la humanidad, es así, como Sevilla la ve, un pueblo que la vio limpia de toda mancilla desde el primer instante de su creación.

Por eso, Sevilla desde la hora en que el ángel preguntó a María, si quería ser madre del redentor, jamás dudo un instante en que perdería la virginidad.

Y consciente de que ella jamás hubiera dejado de ser la bendita sierva del Señor, recogió como suyas las palabras de San Gabriel.

¡Cálmate María!, que Dios te ha concedido su favor, vas a quedar embarazada y darás a luz un hijo, al que pondrás de nombre Jesús, será



grande, le llamaran hijo del Altísimo, y Dios, le dará el trono de David su antecesor. Reinara para siempre en la casa de Jacob y su reinado no terminara jamás.

Sevilla adora a la Virgen como única Madre y Señora, como regazo celestial que bajo a su reino terrenal, tampoco dudó jamás, de la obra del Espíritu Santo;

"El Espíritu Santo bajará sobre ti y te cubrirá con su sombra, por eso al que va a nacer, lo llamaran consagrado".

Todo lo hizo el Espíritu Santo
con reflejos de la luna,
a Jesús le hizo su dulce cuna.

Trajo los fértiles manantiales
y con oro y seda le bordo sus panales.

Puso a sus pies el amor de Dios
y en el pesebre su Hijo nació.

Sevilla lo cree, y así lo afirma, María;

De tu Encarnación nace su Esperanza y el áncora de su pureza, el Refugio de sus Lágrimas, la Salud de su enfermedad, el Socorro de sus males, la Piedad de sus Angustias, la Concepción de su Valle, el Rosario de su oración.

Cree, que tú Madre mía, eres el Amparo de su dolor, la Amargura de sus Penas, la luz de sus Estrellas, la Candelaria de su Aurora, la Victoria de su Paz, la nostalgia de su Buen Fin, la Soledad de sus Ángeles.

Tú eres, el Consuelo de su Quinta Angustia, Gracia de su Dulce Nombre, Rocío de su virtud, Agua de su Caridad, petición de sus Mercedes, Consolación de sus pecados, Cabeza de sus misterios, Piedad de sus Dolores, Palma que marca sus Reglas.

Por eso Madre, Señora y Reina de la Luz que lloraste con nosotros al pie de la cruz, el pregonero quiere decirte;

Encarnación bendita,
mi linda semilla.
Si alguien te vio llorar



y no te supo rezar,
nunca pudo ser hijo de Sevilla,
porque no puede haber sevillano
que de lejos
No vea las lágrimas de tus mejillas,
ni tu palio,
Bajo el cielo claro de Sevilla.

El hombre que ha desarrollado su espíritu en el seno de la Santa Madre Iglesia, y por tanto cofrade por excelencia, deberá tener un profundo conocimiento, de todos los momentos de la redención de Jesucristo Nuestro Señor.

Los habrá tomado, familiarizándose con las palabras litúrgicas, y deberá recordar, que Cristo quedó vivo en el sagrario, como único símbolo que nos lleva hacia la vida eterna.

Y a la vida eterna, la saludaremos entre olivos y palmas, a lomos de una borriquilla, abriéndose toda Sevilla en flor de Semana Santa.

Más tarde nos sorprenderá su figura retorcida en el espanto de su muerte, muerte, del más justo de los hombres que habitó la tierra.

El que habrá tenido un cruel y doloroso final en sus siete últimas palabras, teniendo marcado en su rostro, la más suprema lección de amor.

Lo veremos en la cumbre del altozano, extendiendo sus manos, intentando unir con ellas a todos los cristianos, en San Román será padre de todos los gitanos.

Un años más, nos inundara la infinita misericordia de Jesús, lo seguiremos como símbolo cierto, tras la verdadera cruz, vendrá proclamando su Sed, desde el barrio de Nervión.

Más tarde, en la noche del Miércoles Santo, será dulce Salud de San Bernardo, nos dará la gracia de su Redención y llegara con ella hasta el Calvario, allí clavara el sacrificio de su Pasión.

Lo oiremos callar ante Herodes, dictarse rey ante Caifás, sentiremos como lo coronan de espinas y hacia cielo lo llevaran, en la plaza de Santa Catalina nos lo traerán Cautivo, y en la calle Orfila será prendido.



Lo oiremos en la tarde del Viernes Santo prometer a Dimas el reino de su paraíso.

Veremos rachear sus penas en San Julián.
Buena Muerte santa,
Será Caridad en Santa Marta,
único padre que vibra en la garganta.
Lo contemplaremos caminar con la cruz al revés,
y cuando comience a amanecer,
en Triana caerá por tercera vez.
En la calle Parras por Pilato será condenado,
después de que por la "calza",
sea como el Hijo de Dios presentado.

Desde muy joven, me he dedicado a la organización y montaje de las sillas de la Semana Santa de Sevilla en la carrera oficial, son ya muchos años los que he visto el transcurrir de las cofradías en la Campana, pero para mí, sin duda alguna, el día más grande, es el Martes Santo.

Nunca tuve la suerte de participar en ninguna estación de penitencia, jamás, este cofrade vistió la túnica nazarena, tampoco me uní a las trabajaderas de nuestros titulares, pero sabe muy bien del júbilo, del gozo y de las suplicas, que nuestros pasos reciben, y de sobra sabe de la fe y de las lágrimas que despiertan al llegar a las puertas de Sevilla.

Aunque no puedo estar con ellos a lo largo de su recorrido, vivo intensamente la entrada de sus tres pasos en campana, también he de decir, que en ese día tan señalado para mí, llevo puesta mi medalla, haciendo de ella, el más alto título que se le pueda conceder a una persona.

Impacientemente, espero, que el Hijo de Dios sea nuevamente presentado, con tan sólo escuchar una voz;

¡"Queo" que voy a llamar!
Estamos en la campana,
vamos a bendecir a Sevilla.
El trabajo lo quiero fino y "racheo",
¡"tos" por igual valiente!
Al cielo con Él, "a esta es".

Voz que todas las primaveras se funde en un sonido celestial, grandeza de cielo y tierra, voz que sale del alma y como fuerza viva, alcanza la garganta



de Carlos Morán, nadie puede contener el amor bajo las trabajaderas, la izquierda adelante queda fijada en la pata y su frente, la derecha atrás, la vuelta de mi paso se comienza a bordar, y el Señor de la Presentación la esquina del duque, comienza suavemente a doblar.

Ya escuchaste la voz de tu capataz Señor, oye la mía, porque solo tú, puedes hacerlo;

Ya empieza mi corazón a latir de emoción,
porque ya entra en Campana,
mi Cristo de la Presentación.

Esplendor del neobarroco, cuando el primero de los pasos del barrio de la "Calzá".

Levantá tras levanta, Poncio Pilato sobre dorada canastilla presenta a Jesús a Sevilla, precedido por el mágico cortejo de capas blancas como el azahar, parece que no quieren mirar hacia atrás, porque saben, que Pilato a Jesús, a muerte lo va a condenar.

Todo para ti,
Jesús de la Presentación
porque tú eres del mundo
su eterna salvación.

Más tarde la cruz de Cristo se funde con la brisa, y la Campana nuevamente con Sangre de la "Calzá" se bautiza, y hasta la misma noche se detiene, porque derramando su Sangre mi Cristo ya viene, como requiebro de dulzura, como dulce suspiro de ternura, ya viene mi Cristo con su Sangre Santa y pura, medio clavel, media azucena, con los clavos que desgarran sus venas, ya viene Jesús muerto en la cruz, ya se acerca el Señor de la Sangre, con su cuerpo dolorido, por un martinete "partió" por un "quejio", pasito a pasito desde la "Calzá", derramando su Sangre hacia Sevilla va.

Él, que es vida salvadora, al que la saeta implora, esperanza que brota de la muerte redentora, porque eres salve mediadora, y con tus doradas espinas, toda la gloria se ilumina, cuando hacia ella, racheando caminas.

Sangre que de la vida a la muerte,
y de la muerte a la vida,
hará de Sevilla,
templo universal del cristianismo.



Agradecerte a ti, Diego González, por el perpetuo testimonio de fe y amor en Cristo, cuando en la tarde del Martes Santo, me brindas la estimable oportunidad de elevar al Santísimo Cristo de la Sangre, evocando en una levanta el nombre de este amigo que hoy públicamente te habla.

Y al final, mi Madre de la Encarnación, en su sagrario de plata llega a la Campana.

Como rocío de la mañana, las lágrimas que reposaban en su carita, se hicieron porcelanas, porque es de todos, Reina y Soberana, tiene la frescura del azahar en primavera, clavel que suspira en su rivera.

Habrán otros pregoneros que exalten tu delicada tersura, pero nadie podrá ver la divina ventura que yo pude ver en tus ojos, felicidad absoluta la que me otorgaste, mis sentimientos, los lleve hasta tus manos, haciéndolos pañuelo para consolar tu dolor y recoger sobre todo tu amor.

Con la gran dicha y la sensata delicia, de tenerte como sinfonía matinal, que brota de tu pecho como fértil manantial, con el fervor, con la amargura, con la llama nacida de tus entrañas doloridas, siendo por Dios sin pecado concebida.

Encarnación dichosa, Virgen primorosa, que concibió en su ser, el fruto de santa mujer.

Madre mía, tú que eres lágrima de fervor eterno, sueño de sentida inspiración, fe que corona mi corazón, tú que eres mirada encendida que del alba queda con amor prendida.

Señora, tú que eres mi ansiada trabajadera, flor de naciente primavera, regazo de pecadores que a tus plantas llegamos y tu perdón imploramos.

Madre única, oye a este pregonero que tu palabra suplica, tu, blanca palomita de Triana, requiebro de celestial campana, tú que eres mi rendida oración, Virgen pura de la Encarnación, tú que estas sobre la gloria infinita, con tu cara bendita y bonita.

Por eso, busque perlas para coronarte como Reina y Soberana, y fue el alba de la mañana el que te nombró Blanca Paloma de Triana y la aurora te bautizó, como Madre sevillana.



Busque hilos de seda para tejerte un tibio y celestial velo, y fue tu cara la que me lleno de consuelo, más busque un altar donde poderte rezar, y ante tus plantas de la infinita "Calzá", me postre y mi alma comenzó a llorar;

Porque tú,
Virgen Santa de la Encarnación,
tenías la morada de amor
en mi corazón.

Hoy siento la alegría de saber
que estoy viviendo en la tierra
de María.

Y en este jardín celestial de alpargatas,
fajas y costales,
cuando mi corazón muera
yo quiero descansar.

Mi alma al despertar ante Dios arrodillada entre
incienso y azahar,
pedirá en primavera;

Déjame ser golondrina
para oír en cada esquina
la voz rota del capataz,
y el pasito "racheo" del
costalero al andar.

Déjame sentir la alegría de
este cielo cruzar.

Sevilla te llama María,
Señora de la Encarnación
Madre de Dios, y Reina de mi corazón.

En tu divino caminar
Virgen Santa,
Sevilla te va a gritar.

¡Ole qué guapa vas!
¡viva la Virgen María y su tierra de Sevilla!



¡viva esa voz que hiere una oración en mis labios!,
cuando llama el capataz y le dice a su cuadrilla;

Quiero ver nuestro corazón puesto en la
trabajadera,
esta vez va por Sevilla,
y la virgen de la Encarnación.

Al sonar el llamador
tiembla la sangre en mis venas
porque ya veo la flor
que ilumina mis penas.

Y la ciudad que profesa su propio evangelio, abre sus calles, como si fueran
pétalos de una flor, repletos de dolor.

Sevilla entera, sale al encuentro del primer de sus Cristos Nazarenos, que
carga con la pesadumbre del madero, ayudado por Simón cirineo;

Ve despacio Jesús,
que llevas en tus manos el peso de la cruz,
que no roce tu hombro la carne del madero,
que vas sobre pasos costaleros.

Y Sevilla te abre sus caminos llenos de amor divino,
para que tú,
Penitente de San Roque,
vayas siempre de frente.

La luz se hace farol y guía,
que te lleva con eterna sabiduría,
el farol encendido se apaga todo estremecido,
porque tú,
Señor, con tu cruz a cuestas,
ha Sevilla con tu sufrimiento,
has bendecido.

De todos es sabido, que la radiante primavera, se une a su mágica
trabajadera, incienso y cera, ciñen faja costalera, saeta y oración, canto del
ansiado corazón, y de todos ellos, surge el santo drama de su pasión.

Esta bendita tierra nuestra, espera impacientemente dejar al descubierto las



páginas de su evangelio, y esta es la tesis de este pregón,

¡el Evangelio según Sevilla!

Por no haber otra posible, y por ser, la que como deslumbrante y simbólica Cruz de guía, llevara en todo momento mi palabra, por los caminos que conducen hacia vuestras sabidurías cofrades.

Como narra Sevilla su propio evangelio, esta se siente toda afligida por el beso de judas, cuando Cristo despierta a sus apóstoles, diciéndoles;

– Despertad, que ya está aquí el que me ha de entregar.

Dicho esto, acercósele Judas y con un beso le dijo;

– Dios te guarde maestro.

Jesús le respondió;

– Judas, con un beso, entregas al Hijo de Dios.

Y lejana ya la atardecida, con campanas que funden en un repique todos los sonidos fúnebres, envueltos en el crepúsculo mortecino, todo se hace sábana santa que lleva a Cristo en la caridad de su traslado al sepulcro, obra cumbre del ilustre imaginero Luis Ortega Bru, que con su bendita gubia, tallo el más hermoso dolor en el rostro de Santa Marta, dulzura del llanto, hecho amargo quebranto,

Santa Marta de mi consuelo,
para que no sufras tanto,
Sevilla va contigo,
prendida de tu duelo.

Es ahora cuando más que nunca, el evangelio sevillano cobra vida nazarena, haciendo forma vivencial la siempre respetuosa hermandad de la Veracruz, la que nos dice;

Toma tú Cruz y Sígueme, porque a aquel que practique la palabra de Jesús, le empieza su verdadero y único significado en la vida cotidiana, porque perdonando, se es perdonado, buscando se allá, y finalmente como nos dice Dios;

"El que crea en mí, no morirá jamás".

Todo esto encierran las palabras de Jesús, por eso en Sevilla es Santa la Veracruz.



El viento es leve susurro, cálido abrazo de la serena y próspera Buena Muerte, que desde los enclaves universitarios, paciente lección de doctrina cofrade, desprende la esperanza salvadora, que nazarenamente, cortejan la Buena Muerte redentora, entonces, trate de buscar un verso para Ti;

Triste y apenado busque un verso para ti,
como quien busca lo inútilmente buscado.

Con tu Buena Muerte,
mi esperanza se había acabado,
pero busque un verso para ti,
aunque el manantial de mi voz se había agotado.

Y entonces,
soñé lo que jamás había sonado,
soñé que tú verso ya lo había encontrado,
porque me hiciste ver que ya era sobrado.

Te mostraste en tu cruz muerto y maltratado,
y me enseñaste con tu Buena Muerte,
que no hay perdón sin perdonado.

Como es el evangelio, y es que, cuando Jesús aún no ha pronunciado sus agonizantes últimas siete palabras, sigue dando muestras de su eterna sabiduría.

El Cristo del Buen Fin, antes de entregarse en brazos de su altísimo Padre y que la severa guadaña redentora perfila su muerte salvadora, se inclinara, y con su mirada implorante, hablara con Juan, casi susurrante, pues la muerte lo ceñía, el que dirá;

– Hijo he ahí a tu Madre.

Y mirando a María como anuncio mortecino, y al que ya había sido sobre la cruz clavado, dijo;

– Madre he ahí a tu Hijo.

Pero también tendría cabida en mi evangelio el Cristo de las Misericordias, porque en este preciso instante, antes de expirar, le dirá a su Padre;

– En tus manos encomiendo mi espíritu.

Y todo esto, antes de que sus labios anhelantes de vida, pronunciaran;

– Tengo sed.



Tú, Padre mío,
dijiste clavado en la cruz,
tengo sed.

Quizás fue porque se alejo de ti
el manantial de tú fe.

Tengo sed,
Y los que te mataron
te la calmaron con vinagre e hiel.

Que sed tan salvadora
la que anuncia
tu boca redentora.

Y como inmediato avance de su madrugada, Sevilla atraganta y esconde el
eco de sus campanas.

La saeta se envuelve en la silenciosa oración, para ti Jesús de la Pasión,
sereno nazareno que lleva el madero hacia el infinito cielo;

Tu Señor de la Pasión
Sangre que brota de mi humilde corazón
tú que eres ladera deslumbrante,
nazareno y penitente.

Tú el calvario divinamente plateado
en el que tú, Señor,
estas clavado.

Y dulcemente,
rachear tras rachear,
hacia Sevilla con su cruz
al hombro es llevado.

Un día mi buen amigo e ilustre cofrade don Francisco Estrada, me hablaba
de la necesidad del homenaje que deben de tener las mujeres de Sevilla,
que a semejanza de las que vivieron la pasión de Cristo, viven íntimamente
ligadas a la vida del cofrade.

Ellas, las que guardan el secreto de almidonar, planchar e hilvanar con
dulce tacto de azahar las túnicas procesionales.



Es cierto queridos hermanos en Cristo, es así, no dudarlos, están tan unidas a nosotros como el costal a la trabajadora, siempre son regazo de la flor de cera, por eso el día que mueran, Dios las recibirá en su reino y mimosamente les preguntará;

- Mujer, ¿tú que has sido en la vida terrenal para aspirar a la pureza de la gloria celestial?
- Señor, tú lo sabes, yo nunca fui nada importante, tan solo suspiraba mientras las bambalinas de oro y seda con mi aguja bordaba o el costal de mi hijo con lágrimas de júbilo lavaba, y todo lo hacía Padre, porque con tu reino soñaba.
- Yo que tantas noches dormitaba mientras mi esposo de su hermandad regresaba, Dios todo poderoso, yo que a tu palabra nunca falte, incluso cuando me faltó la fe, dime tú que puedo merecer.
- Tú, por ser buena cristiana y sencilla, diré a mis ángeles;
¡Abrid las puertas del cielo,
que a la gloria llega,
la mujer de Sevilla!

El silencio de Sevilla es fortaleza del dogma de Maria, el silencio de Sevilla es el más reconfortante sonido terrenal de los que existen.

Aquí, en esta noble ciudad, el silencio es recogimiento espiritual, silencio nazareno, en el que sólo Dios conoce: el rostro del hombre que religiosamente viste el antifaz, silencio costalero, pues se atraganta el ruido del rachear de sus alpargatas, de las que su esparto rinde cuentas en una larga chicotá.

Es tan sumamente difícil hablar del silencio de Sevilla;

"¡Lo veis!, ya estoy perturbando el sosiego
silencioso con tan solo alzar mi voz".

quien soy yo para hablar cuando Sevilla calla.

El silencio cobrara vida nazarena, que se echara a caminar, por las calles de Sevilla.

Detrás de la Cruz de Guía, que como luz de "amanecía", irán sus hermanos nazarenos en unas largas y perfectas filas de inagotable silencio.

Patético silencio nazareno, que con la fe, llegará a la Santa Iglesia Catedral, donde una Giralda estremecida, callará con silencio muy agradecida y su giraldillo, en el más respetuoso silencio nazareno, guardara las campanas para que no repiquen.



El silencio ha llegado hasta las puertas del cielo, el amanecer será respeto de la Santa Cruz en Jerusalén, al oír, como Sevilla calla con un bendito amén.

Y seguidamente el dolor caminante sigue avanzando, el que con su última bocanada de vida, lleva en sus labios la muerte prometida.

Con reflejos de túnica azulada, ya viene mi Gran Poder pisando la madrugada, mi divino redentor lleno agonía y dulce amor, escucha mi rezo Señor de San Lorenzo, óyeme penitente, tú que llevas las espinas de Dios clavadas en la frente, por eso Sevilla en su plegaria te tiene siempre presente.

La plata para ti se hace seca campana, que la oración derrama, porque es el cielo el que como Padre te proclama, porque fue tallado por manos, con alma y sangre de sevillano, con una bendita gubia sin sonido, que dio vida a su cuerpo dolorido, el que con el peso de la cruz, llegará hasta el alba todo abatido.

Estaba hace años, el insigne escultor Juan de Mesa, contemplando como la gubia de la madrugada se había hecho promesa, alzó su mirada y Señor en la tuya quedo clavada, miró, y llorando vio como su Cristo sin caminar iba caminando.

Mientras veía como se alejaba siempre de frente, exclamo;

¡Tú serás para Sevilla Gran Poder y penitente!

Clava bien tu cruz en el hombro,
llévela hasta el amanecer,
que tú eres de Sevilla
Su bendito Gran Poder.

Fue aquella noche, en la que te sentí de una manera muy especial, con el don sin precio de tu virtud celestial.

Aquella noche habías bajado de la gloria de tu altar, para que todos tus hijos de cerca te pudiéramos mirar, con tu gesto de infinita misericordia.

Total entrega y paciencia nos ofrecían la quietud dulcísima de tus manos, para recibir en ellas, la tersura del beso del barrio que te adora.



Me dirigía ante el regazo de tus plantas, mi alma viéndose sin ser vista, escuchándose sin querer ser escuchada, escuche como la anciana que estaba delante de mí, antes de inclinar su cansado cuerpo, y dejar el amor que hacia ti sentía plasmándolo con un beso, saco fuerzas desde lo más hondo de su corazón y exclamó;

¡Apiádate de mí, madrecita de la Encarnación!

Cuando estuve frente a ti, comprendí porque la viejecita, te encomendó sus tristezas y sus miserias, sus ilusiones y sus afanes, porque son tus ojos, los que están de lágrimas llenos por el martirio desconsolado del dolor cruel, son tus ojos los que están arrasados por la tristeza más profunda, la que no acaba nunca.

¡Sí!, son tus ojos de donde nace tu bondad serena, que ilumina tu mirada nazarena, y la "Calzá" por ellos se hace pañuelo para consolar tu pena, por eso déjame decirte algo Virgen mía;

Encarnación,
al evocar tu nombre
tu recuerdo se hace llanto,
tú que eres tierno aroma de azahar,
cuando tu capataz vaya a llamar,
que te mire bien a los ojos
y te vea llorar,
Entonces podrá decir
que vio a la Virgen Maria
llorar de verdad.

El pregonero cerrando sus ojos, imagino que el mundo estaba en paz, que no había guerras, que los niños no morían de hambre, que todos los desahuciados tenían techo bajo el que cobijarse, que no existían mendigos, que de la tierra había desaparecido el gran monstruo de la droga, que los enfermos sanaban de sus enfermedades y que todas las familias estaban con felicidad unidas.

Al abrir los ojos, comprobó que nada de ello había dejado constancia, un ángel le sorprendió en su desesperanza y quiso consolarlo con su humilde sabiduría, revelándole que todo eso ya lo pedía la hermandad de San Benito, y que hacia el cielo echo oración, se elevaban las suplicas de su Virgen de la Encarnación, prosiguió su celestial dialogo y el ángel, le contó, lo que Dios a nuestro hermano mayor preguntó;



- Luis, os mande la Encarnación terrenal, ¿dime la razón por la que no está coronada tu madre?, la que amas con todo tu corazón.

Luis quedó pensativo y respondió;

- Nos diste del cielo la ternura y la hicimos Santa y Pura, nos diste del alba su aurora y la nombramos Madre y Señora, nos diste del día el azul de su mañana y la recibimos como Reina y Soberana, nos diste el fruto de su vientre Jesús y lloramos con ella al pie de la cruz.

- ¿que falta pues?, pregunto Dios.

Luis afirmando contesto;

- Danos la paz del mundo, la haremos nuestro tesoro, la fundiremos y será nuestro oro, dinos que todos los pobres tendrán su hogar, aunque su coronación no podamos terminar, dinos que ya no morirán más ni nos y que sus infancias estarán llenas de cariño.

Danos la caridad entre nuestros hermanos,
y la haremos plata en tus manos,
danos el amor de tu corazón
y coronaremos a tu dulce Encarnación.

Por el cielo
los ángeles con alegría están cantando
porque en la "calza",
con la felicidad del mundo
tu coronación se esta
preparando.

El padre nuestro ya se rezó, Pepe Candela levantará, los faldones que cubren su regazo y exclamará;

¡Al cielo con la Madre de Dios, que llene a la ciudad con las lágrimas de su dolor!

El llamador, señalara la primera "levantá", hacia su barrio sale la Reina de la "Calzá", los fijadores fijando al compás, los pateros calzándose al madero, y los corrientes siempre de frente, todos racheando su amor sobre sus zapatillas, para dejarse el alma sobre las calles de Sevilla.

Ya asoma por la puerta de su iglesia el primer varal, escoltando el palio de la Encarnación celestial, la que fue por dios concebida sin pecado original.

Ya se ve la primera bambalina, ya se mece su rostro de mujer Santa y Divina.



Otra vez se oye la voz del capataz;

¡Bueno pararse ahí!, que caigan los cuatro zancos a la vez, que no suspire ni un clavel, con chicotas bien acompasadas que se vea cómo va la Virgen de oraciones colmada;

Sobre sollozos de cera blanca,
vibra la saeta en la garganta.

Mírala que bien viene,
si para tenerla más cerca el
ángel San Gabriel se detiene.

Que "levanta" más alta,
la de sus hijos costaleros,
que quieren que su corona roce
el mismo universo,
"pa" que la tarde le de a su
Virgen el primer beso,
y que todos,
de su hermosura queden presos.

La tarde está creando un velo con su brisa, ya viene. Meciéndose sin prisa, hay un despertar de trenzadas estrellas que todo lo iluminan, ya se ven sus doce. Varales labrados por manos divinas.

En el compás de tus bambalinas, la ilusión se adivina, el sol besa tu crestería, Encarnación ya estás en el asilo, como tú querías, aquí te esperaban tus ancianos, para contarte sus sueños y otras promesas cumplidas, esos sueños de plata y oro, que ni se desvanecen ni se enfrían.

Te miraran y te hablaran como un hijo a su madre, a la que cuenta su vida.

Hoy no hay dolor en sus heridas, llanto sin consuelo, porque viniste a verlos desde el mismo cielo.

Señora, cuando llegas al asilo de las hermanitas de los pobres, no hay felicidad que falte, ni rezo que sobre, ni soledad sin compañía, porque tu se la das siempre, Virgen María.

El pregonero acudió una mañana a visitar a los ancianos que viven en el asilo de las hermanitas de los pobres, fui recibido por la superiora sor



Cecilia. Ella me comentó, la gran labor de caridad que desarrolla nuestra hermandad hacia con los ancianos, de las visitas que reciben de los hermanos de nuestra hermandad. Pude comprobar muchas cosas, entre ellas una que me lleno de gozo, pues ellos sin ser hermanos, se consideran de corazón hermanos de nuestra hermandad. Al escuchar sus palabras llenas de profundidad y amor al prójimo, comprobé, que no es más rico el que más tiene, sino el que menos necesita.

Las monjitas todo el año demuestran de su conocimiento hacia las palabras litúrgicas, verdadero tesoro de toda congregación religiosa, ellas nunca olvidan el bienestar espiritual de nuestros ancianos.

Terminado mi dialogo con la madre superiora, salí al jardín, donde la primavera no tenia fin, allí un anciano se acercó a mí y con voz delicada me preguntó;

- ¿Tú eres de San Benito?
- Sí que lo soy abuelo, porque lo dice usted.
- Porque al verte, he "pensao" que nos traías alguna cosilla, ya que la gente de San Benito siempre que viene por aquí de visita nos trae cigarrillos y cositas.

Mira el día de reyes, me acuerdo que vino la banda, buena gente la de San Benito, pero lo que más me gusta de ellos es su compañía.

Me acerque a otro ancianito, y él con arte me comentó, que le cantaba todos los años a Nuestra Virgen de la Encarnación, y me dijo que ya hacia muchos días que ensayaba la saeta de este año, y también con gracia me contó, lo que le paso el año pasado;

- Hermana cuanto falta ya,
- Así día a día y a anciano a anciano,
- Poquito José
 - Es que la letra de la saeta se me va a olvidar hermana.
 - No te apures José, que la Virgen te dará fuerzas y memoria para que la cantes.
 - Es que el año "pasao" se me colaron, y dio el paso la vuelta.
 - Pues se la cantas igual, así tu verso, irá prendido en su manto como el más fino bordado.
 - Está bien hermana, pero cuando vengán a comer otra vez la gente de San Benito, le voy a decir al hermano Mayor que la deje un poquito más, "pa" que me de tiempo, ¿no creo que a Monseñor Amigo le importe? ¡no hermana!, buena gente es Amigo.



- Sí que lo es José.
- ¡Hermana el himno!
- Que himno José.
- Hermana en lo que es cuidar ancianos sois fenómenos, pero en las cosillas de Semana Santa, cero al cartón.
- El himno nacional hermana, vaya, que ya está saliendo la "Encarna".
- La Virgen de la Encarnación José.
- Esa es mi "Encarna" desde que nació, y lo será hasta que Dios quiera.
- ¡Empuje hermana, no vaya a "pasa" lo del año "pasao", que ya está aquí Monseñor con la vara, y empieza a entrar la "Encarna", bueno, la Virgen de la Encarnación, ¡hermana no me acuerdo de la letra!
- Espera que se pare el paso José.
- Que lo "arrien" hermana.

En cuanto el paso puso los cuatro zancos en el suelo, como una golondrina o una rosa al abrirse, se oyó una saeta estallar en la cara de la Virgen;

Virgen de la Encarnación,
en tu cara o en tu manto,
prenda esta oración,
que si pobre no me siento,
es por tu divina protección.

Ya está la Virgen meciéndose bajo el cielo color caramelo, la izquierda adelante, la derecha atrás, la gente comienza a rezar, en el asilo, a sus ancianos, ella los quiere bendecir con sus manos.

Si tienes la mirada baja
no solo es de pesar
es para mirar a tus ancianos
que te quieren consolar,
mientras tú,
majestuosamente los vas a visitar.

Uno entre ellos,
Con mil esfuerzos y una blanca mano donde apoyarse,
se plantó delante tuya.
Y con la mano en el llamador
Exclamó;

¡Madre mía!,
Yo que a tus pies nació,
que por Sevilla te lleve,



que a mi hijo la faja ceñí
y que ahora desde el cielo te ve,
No permitas Virgen mía de la Encarnación,
que desde este patio no vea tu coronación.

Alégrate Encarnación de mi vida,
ya están tus ancianos, como tú querías,
porque eres tú la Encarnación que con ellos vivía.

Y así lo querías,
ser anciana por un día,
para compartir con ellos
su esperanza y su alegría.

Óyelos Madre, han pedido a la monjitas las flores de su jardín, quieren el nardo para bordarte un manto, el aroma de la rosa para tú toga dolorosa, el candor de la azucena para tu risa y tu pena, para tus labios, le han pedido al viento el suspiro del alhelí, el susurro del clavel y el destello del carmín.

Le han pedido un milagro a Dios; para tu corona, quieren el beso de la mañana, para tu puñal de pedrería, la estrella que más resplandecía, para tus candeleros brillantes, el sol de poniente, para tus jarras de plata fina, le han pedido su bendición divina.

Hoy puedo decirte Señora, lo que siempre me decías, que tú a tus ancianos, nunca olvidarías, porque era tu hermandad la que entre sueños te traía.

Los cuatro zancos tocan el suelo, todo se inunda del esperado consuelo y será al sonar el tercer golpe del martillo, cuando todo se haga llanto, emoción, oración, lágrima viva que brota del corazón, es en este momento cuando el pregonero te ha de decir;

Encarnación un ángel apasionado
hasta la gloria de tu paso ha bajado,
de cerca te ha mirado y hacia
su morada con tu recuerdo ha volado.

Yo no sabía cuando lo vi,
si lloraba o reía,
solo decía,
que tus ojos por nada cambiaría,
porque entre lágrimas,



la caridad de tu mirada renacía,
y al llanto de su padre
más se parecía.

Este pregonero, quisiera confesar un hecho públicamente, que señalaría mi condición de creyente para siempre, salvador milagro que llevo secretamente guardado en lo más hondo de mis sentimientos.

Hace años el que hoy os habla con la palabra tan cálida, recibió un delicado y sutil encargo, este no era otro que el de llevar un clavel procesional del primero de los pasos de la hermandad de san Benito, a una mujer a la cual el médico ante la gravedad de su enfermedad le habla prescrito reposo, era Martes Santo y la mujer rompía la mañana con lágrimas de su llanto.

Arrogancia con la que supe raptar la flor, que encontró en mis manos la más tierna morada de amor, donde depositó su dulce primor, apresuradamente la lleve con sumo cuidado de no ser marchitada a la enferma que anisadamente la esperaba.

Ella lloraba con todo el dolor de su corazón, no podía ver a Jesús en su Sagrada Presentación.

La ya mencionada mujer, acogió la mimosa flor repleta de lastimoso dolor en su regazo, celosamente la guardo y el padre nuestro de sus labios se escuchó, como oración primaveral y toda espiritual. La enferma llena de bendita humanidad, con la flor en sus manos y reposándola sobre su pecho, termino de llorar.

El pregonero sabe muy bien de quien os habla, porque se trata de su esposa, días más tarde esta, que había permanecido tres largos meses reposando su enfermedad, esta que había sido culto de males, se incorporaba sobre la cama entre alegres y emocionados sollozos, para decirme;

- Ha sido el clavel bendito de mi cofradía de San Benito, ha sido él, el que me ha curado y de mi enfermedad me ha salvado.

Aunque sea Jueves Santo,
vamos a San Benito,
que allí está la curación,
que yo pedí tanto.

Cansado ya de estar tantas noches desvelado al cumplir mi particular viacrucis por todas las calles de Sevilla, mi pluma rota por tan grata labor,



mis sentimientos casi todos compuestos en largas tardes de frío, caí en un profundo sueño que alivió mi cansancio.

Soñando, me vi en una convivencia en el calor de mi Cristo de la Sangre, al que todos sus costaleros y hermanos recordábamos su paseo suave, como si se tratase de la misma sangre que en una "chicotá" se iba derramando.

Sus costaleros y mi amigo Diego González no querían que cayese en el suelo ni una gota de su sangre, mi gran amigo Paco Estrada me decía con los ojos llenos de lágrimas;

- José, no puede derramarse ni una gota de su sangre, no puede ser derramada, porque por la "Calzá" ha de ser consagrada.

Más tarde me vi, en un ensayo de su cuadrilla de costaleros, donde las viejas parihuelas esperaban impacientes la "levantá" de sus hermanos, donde el contraguía Antonio Marín decía;

- Gali, Gali, la derecha atrás.

El "aguaó", mi gran compañero en el quehacer de este cofrade, con gran generosidad repetía;

- agua "pa" mis niños de la "Calzá", con sus costales mas blanco que la paz.

En la calle Fernando Tirado, sonaba con un Martes Santo soleado, soñaba y costalero me sentía de la Bendita Sangre derramada, que pasito a pasito era llevada.

Y como colofón de mi sueño, soné con mi Cristo de la Sangre, soñé como era llevado por brazos repletos de amor por las naves de su templo, en un silencioso viacrucis hacia su paso de salida, las 14 estaciones rigurosamente cumplidas y cristianamente rezadas, era la sangre de Cristo a su cruz entregada.

Después, escuche un padre nuestro saetero mientras Jesús era elevado, para ser sobre su paso clavado.

Desperté de mi hermoso sueño y pude comprobar cómo todo esto había sido escrito por el amor que le tengo, por la fe que le profeso y por las veces que le rezo a mi Cristo de la Sangre;

Con mi Cristo dormí,
la pluma en mis manos comenzó a escribir,
Sangre de Cristo derramada,
por mis versos liberada



y por mi hermandad consagrada.

Señor de la Sangre, mi sueño fue el delirio de mi locura, nada es tan hermoso como soñar con tu cara Santa y Pura, que poder tiene tu Sangre en la cruz, por eso mi sueño eres tú.

Como mi Dios ha permitido que tu cuerpo haya sido vilmente maltratado e injustamente crucificado.

Señor, tú no puedes sufrir tanto, no puedes clavar tus manos, Dios mío si eres mi locura;

Ni coronas de espinas que yo ciñera,
ni clavos que me pusieran.
Nada cambiaria,
al menos que en tu cruz muriera.

Salías de la Catedral y la Giralda no pudo contener su llanto, repicó sus campanas sobre el brillo de tu manto, la Giralda te despedía con aromas de primavera, mientras hacía tu barrio ibas con el enigma de tu danza costalera, el aire de Triana por ti suspiraba, rosa sevillana Reina y Soberana, Giralda que cuando te vio marchar no pudo dejar de decirte;

Yo lo vi madre,
como el clavel sangrante
y el nardo suspirante.

Yo lo vi madre,
como la esterlicia anhelante
y la rosa fragante.

Yo lo vi madre,
como la violeta con pena
y sin voz la azucena.

Yo lo vi madre,
como todos con la pureza partida,
lloraban al ver,
tu Encarnación dolorida.

Atrás quedó Sevilla la que vibró de emoción, la que lloró con todas las fuerzas de su corazón, hacia tus ojos elevo toda la fe de su oración, Madre



mía de la Encarnación, iba anocheciendo y tu pena al compás del aire se iba consumiendo, y las mesías de tus varaes se iban midiendo.

Así fue como el azahar quiso verla pasar, la azucena vio su carita de pena, y en el rocío de la noche, se reflejo su mirada nazarena.

Las estrellas, mezcla de embrujo y romero, le hicieron su sendero, con las lágrimas de los luceros, mírala como rompe la brisa y su luz, y llora por el fruto de su vientre Jesús.

Con plata y perlas me falta corazón para quererla, con la ternura de la gloria fuiste tallada, y con la gracia del cielo bautizada.

¿Quién llenó de lagrimas tus mejillas?, eres azahar y nardo que nació en Sevilla, eres la Encarnación de día que se quedo en Sevilla, por eso Madre;

No habrá brisa
que dibuje tu sonrisa,
ni flor que pueda sostener tu dolor,
ni aroma, ni saeta, ni oración profunda
que puedan describir tú
Encarnación oculta.

Porque tú eres;

Nostalgia y despertar de la mañana,
Blanca Paloma de Triana,
Requiebro y suspiro de Santa Ana,
Virgen y lágrima de Sevilla,
Madre de todos,
Reina y Soberana.

El barrio te esperaba para ser tú pañuelo, porque tú, Virgen de la Encarnación eres su consuelo.

Cuando la cera,
poco a poco se apagaba
su llanto más se alegraba
venia toda de piropos colmada
con chicotás bien acompasadas
mi Virgen a la "Calzá" ya regresaba.



La calle oriente se conmueve
por aquí suena un martinete,
por allá una "solea".
Y en la puerta de su templo,
está la rosa más pura del barrio de la "Calzá".
Entre el inmenso gentío
rompe el aire una saeta,
dulce sentir de un poeta,
de corazón "dolorío".
Una rosa ha "floreció" en mitad de la noche,
En mis manos la he "cogío",
Era mi Encarnación, Madre de todos los "nacíos".

Y cuando la noche es más noche, una vez que todo es tibio velo que viene anunciando el alba, la Madre de la Encarnación, en su parroquia de San Benito, cansada y radiante de júbilo, por haber sido mimosamente paseada por la ciudad, reposará.

En este íntimo momento, lleno de gozo, su capataz, a solas con ella, y con la voz de su alma, a ti por ser su madre te hablara;

Tú sabes madre,
que hasta el cielo te puedo llevar,
porque tú,
así me lo supiste enseñar.

Tú sabes Madre.
que no te puedo ver llorar,
que con tu pena
la esperanza de mi voz
se puede apagar.

Pero antes de que el último golpe de llamador suene, volverás a oír la voz cansada casi quebrada de tu pregonero.

Permitirme que la última "chicotá" de mis labios, sea para reconocer que jamás hubiera llegado al sitio que hoy ocupo, si Dios no me hubiera llevado al amor del Señor de la Presentación, al amor de Nuestra Señora y Madre de la Encarnación, la que me concedió el supremo privilegio de ser su pregonero:



Encarnación;
sin ser tu nazareno,
y sin ser tu capataz ni tu costalero,
el que te lleva siempre con la fe de su alma,
es tu pregonero.

He dicho.